

## LA "OPERACION TRUANDÓ"

**Por: ALBERT R. McAHRON**

*Artículo del Boletín de la  
Sociedad Geográfica de Colombia  
Número 47 y 48, Volumen XIII  
Tercer y cuarto Trimestres de 1955*

 Cuando el Vice-Rector de la Universidad de los Andes, doctor Daniel Arango, llegó a mi casa en la mañana del 26 de junio, me asusté un poco. Era un hecho extraño por ser día de fiesta y al momento pensé en las posibles fallas de mi trabajo como jefe del departamento de inglés en la misma Universidad.

—Tengo que hablar contigo sobre una cosa bastante seria e importante, fueron las primeras palabras del doctor Arango; y entre éstas y las que siguieron estuve listo a presentar renuncia de mi cargo. Afortunadamente no sucedió lo que yo esperaba; pero mis temores fueron reemplazados por otros al oír decir al doctor Arango:

—Hemos recibido una invitación de la Marina Colombiana para acompañar una expedición muy importante y quisiera que tú representaras a la Universidad de los Andes.

Mientras yo pensaba en el alcance de sus palabras él siguió dándome detalles del asunto: con el objeto de cumplir los deseos del Excelentísimo Señor Presidente de la República, quien está vivamente interesado en la exploración de una parte de los ríos Atrato y Truando, y en que se efectúe el descenso hasta el puerto de Coredó en la costa del Océano Pacífico, para ver si es posible construir un canal en esta región, la Marina Colombiana está organizando una expedición compuesta de treinta y cinco cadetes de la Escuela Naval, algunos oficiales de Marina y unos cuantos civiles, entre ellos representantes de ciertas universidades colombianas.

Aunque es verdad que durante los dos años de mi permanencia en Colombia he llevado a cabo muchos viajes, algunos bastante incómodos, nunca he hecho ninguno en tan difíciles circunstancias como supongo que han de ser las de éste. Al mismo tiempo pensaba que, dando cabida a mis

temores, perdía una oportunidad única de conocer lugares de tanta importancia e interés; y sin pensarlo más acepté.

Como existiese la posibilidad de que otro profesor de la Universidad de los Andes formara parte de la expedición, me alegré de que le fuera ofrecida por el doctor Arango al doctor Alec Bright, ex-oficial de la Marina Británica, quien aceptó inmediatamente, cosa que me satisfizo muchísimo.

El 30 de junio fuimos el doctor Bright y yo a una reunión de los civiles invitados a la expedición y en ella el capitán Augusto Porto H. nos informó sobre algunos detalles referentes a aquella. Nos dijo que tendríamos que hacer una buena parte del viaje a pie, tal vez unas seis horas. Más tarde, en condiciones muy difíciles, habríamos de recordar estas seis horas.

El viernes primero de julio, víspera de nuestra salida de Bogotá, compramos el equipo que juzgamos indispensable para una expedición a la selva: zapatos de caucho, pantalones y camisas kaki. Impermeable, sombrero de lluvia, linternas, etc. Como el doctor Bright y yo somos muy aficionados a la fotografía, compramos varios rollos para hacer un record fotográfico de la expedición.

A las seis de la mañana del sábado 2 de julio llegamos a Techo. Allí encontramos algunos miembros de la comisión civil: el doctor Federico Medém, zoólogo de la Universidad Nacional de Colombia, el doctor José Carvajal, geólogo del Ministerio de Minas y Petróleos, y los doctores Jaime Forero y Joaquín Molano, de la Universidad de Bogotá.

A las seis y media partió el avión y después de un viaje sin novedad llegamos al aeropuerto de Turbo siendo la una de la tarde. Allí nos esperaban el Comandante de la expedición, Mayor Luis F. Millán, algunos oficiales de la Infantería de Marina, y dos miembros más de la comisión civil: el señor Gustavo Echavarría agrónomo de Medellín, y doctor Alejandro Ospina, de Cartagena.

Pasamos dos días muy agradables a bordo del buque ARC Teniente Alberto Gómez, pequeño transporte de tropas en el cual íbamos a remontar el río Atrato. El Mayor Millán nos dio la impresión de ser el comandante ideal para una expedición; inteligente, capaz, y muy simpático. Nos pareció todo el plan muy bien organizado y el comandante se mostró muy dispuesto a contestar nuestras preguntas, a darnos toda clase de detalles sobre la expedición y a solucionar cualquier problema que pudiera presentarse.

El domingo 3 de julio a las diez de la noche, mientras escuchábamos canciones de marineros y conversábamos con los oficiales, vimos de pronto aparecer las luces de las fragatas "Capitán Tono"

y "Almirante Brión", que llegaban de Key West. A bordo venían los cadetes que iban a formar parte de la expedición. Entonces nos dimos cuenta de que la aventura comenzaba.

El 4 de julio a las cuatro de la mañana subieron los cadetes al ARC Gómez con todo su equipo; lo que del nuestro no era indispensable fue trasladado a las fragatas, con las cuales deberíamos encontrarnos en el Océano Pacífico al final del viaje.

En medio de la oscuridad zarpó el barco y continuó a través del golfo de Urabá hacia la Boca de Coco, una de las veintidós desembocaduras del Atrato.

Entramos en la Boca de Coco cuando salía el sol. Me quedé sobre cubierta para no perder ni un momento del grandioso espectáculo. Recordé que ese día se celebraba la independencia de los Estados Unidos lo cual era un buen augurio y pensé entonces que era esta una manera extraordinaria de conmemorar la fiesta de mi país.

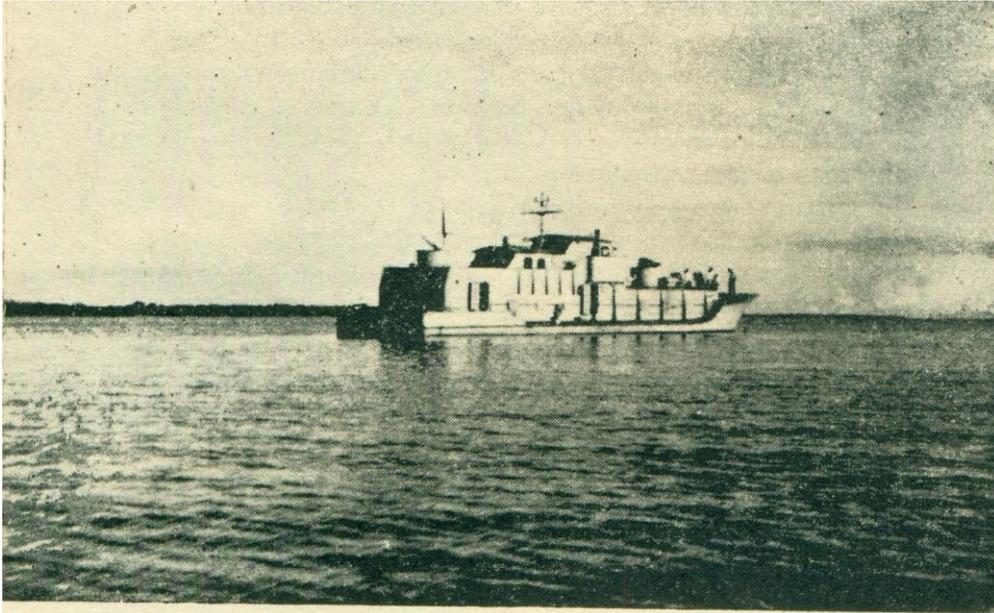
Durante todo el día navegamos por el magnífico río Atrato. Pude admirar, como lo he hecho siempre en diferentes viajes por regiones colombianas, la infinita belleza de este país y la inmensidad de sus selvas inexploradas. No hay civilización en las márgenes del Atrato; únicamente selva de lado y lado y, muy de vez en cuando, un rancho. El espectador se siente anonadado ante tanta majestad y hermosura. En el futuro es inevitable la llegada de la civilización a estos lugares y con ella la pérdida de mucha de la belleza natural que tan pocas veces se encuentra en el mundo moderno.

Hicimos esta primera etapa del viaje sin novedad. El paisaje era siempre distinto y siempre igual. A las nueve de la mañana los doctores Carvajal y Medem, acompañados del teniente Tamayo y de un cadete, se internaron en la selva con el fin de hacer investigaciones. A la una de la tarde regresaron. El doctor Medem traía unas especies nuevas de tortugas y el doctor Carvajal muestras de afloraciones volcánicas.

A las cinco de la tarde llegamos a Río Sucio; estaba lloviendo, como casi siempre acontece en el Chocó.

En la madrugada del día siguiente empezamos a hacer los preparativos para la segunda etapa del viaje. Abandonamos con pesar el ARC "Teniente Alberto Gómez" para trasladarnos en transporte de tropas ARC «Teniente Alberto Gómez» a las canoas y lanchas en que debíamos remontar el río Truandó. Allí nos entregaron una "Panga" o planchón, y una canoa con motor de la Compañía Cativiera, dos canoas remolcadas y una lancha de aluminio.

En Río Sucio se repartió a todo el personal el equipo necesario para una exploración a la selva: hamacas con carpa, ropa extra, morrales, medicinas contra la malaria y el veneno de culebra, etc., y raciones C-3 y C-5, o sea, alimentos enlatados, suficientes para tres días.



El transporte de tropas ARC “Teniente Alberto Gómez”



Las cabeceras del río Truandó.

Por razones de organización el comandante Millán dividió la expedición en tres grupos, cada uno bajo el mando de un oficial de la Infantería de Marina. El primero quedó al cuidado del propio Mayor Millán; el segundo del Teniente Niño y el tercero del Teniente Tamayo. Los cargueros con las provisiones se confiaron al Sub-teniente César Ramos.

El comandante nos dijo entonces: aquí comenzamos la parte difícil de la exploración; para el buen éxito de ella es necesario que todo el personal civil obedezca las órdenes de los oficiales y ejecute estrictamente los reglamentos usuales de la marcha. Los civiles pueden estar seguros de que nosotros, oficiales y cadetes, estaremos siempre listos para ayudarles en todo momento. Confío en que todo saldrá bien ¡Buena suerte!

Con estas palabras subimos a las lanchas y ocupamos los puestos señalados de antemano. A las diez y cuarenta zarpamos hacia la desembocadura del Truandó.

Diez minutos después entramos a la boca de este río, que mide 100 pies de ancho y 30 de profundidad. Durante todo el día seguimos navegando por el Truandó en muy buenas condiciones. A las tres y treinta cayó un fuerte aguacero.

A las cinco llegamos a una región llamada La Nueva, donde se encuentra la Compañía Cativiera. En esta pintoresca población fuimos recibidos por uno de mis compatriotas, el señor Channo, de San Francisco, Estados Unidos. Pensé: los gringos son como los antioqueños: se encuentran en todas partes, lo mismo en las ciudades que en la selva. Gracias al señor Channo los oficiales fueron alojados en una casa particular, los cadetes en una bodega y los civiles en la escuela. A pesar de que tuvimos que dormir en el suelo fue esta la noche más cómoda de que íbamos a disfrutar en muchos días.

En este sitio el río mide 100 pies de ancho y 15 de profundidad. Según dicen los habitantes de La Nueva, allí se encuentran tiburones, no obstante la gran distancia que media hasta el mar. El doctor Medem hizo allí el descubrimiento más importante de todo el viaje: el colmillo fosilizado de un tiburón gigante de 100 millones de años. Dijo el doctor que muy posiblemente este monstruo prehistórico debió medir unos 60 metros de longitud. ¡Qué suerte para nosotros que este animal y otros de su misma época se encuentren ahora únicamente en forma de fósiles!

Pasamos una noche bastante agradable en la escuela tomando por última vez en muchos días alimentos calientes y una botella de aguardiente que el doctor Bright y yo habíamos comprado en Turbo para una ocasión como aquella.

A las seis de la mañana del 6 de julio continuamos el viaje. El río alcanzaba 130 y 150 pies de ancho y de 11 a 15 de profundidad. En las orillas la capa vegetal tiene 6 pies en ciertos lugares. Debido a la rápida corriente tuvimos dificultades con la "Panga". El agua entró por la proa y tuvimos que detenernos para repartir la carga. A las diez y treinta y nueve pasamos la boca del río Chimirindo, de 90 pies de ancho y 8 de profundidad.

A las dos y cincuenta de la tarde llegamos a los primeros rápidos del río que cruzamos fácilmente, pero poco después la impetuosidad de la corriente nos ocasionó serios tropiezos. Una de las canoas logró pasar, pero la Panga pese al impulso que la daban los guías con las pértigas, no pudo avanzar. Tuvimos que desembarcar en medio del agua. Yo, francamente, tenía mucho miedo de la corriente. Los cadetes trataron de mover la Panga con lazos pero sin obtener ningún éxito. El agua arrastró a uno de los cadetes que fue rescatado gracias a la pericia del comandante. Mientras tanto, yo con el agua a la cintura, tomaba fotografías de todas las peripecias. De repente sonaron unos disparos que por poco me hacen perder la máquina fotográfica. Era uno de los cadetes que había dado muerte a una serpiente mapaná bastante grande que probablemente había salido a mirar los extraños acontecimientos que ocurrían en el río.

Cuando nos convencimos que era inútil tratar de pasar los rápidos en la "Panga", nos trasladamos con nuestro equipo a la lancha de aluminio y pasamos éstos teniendo que efectuar varios viajes. A la orilla izquierda del río Truandó levantamos el campamento, dejando la Panga y las canoas. Desde allí tendríamos que continuar a pie.

No olvidaré nunca aquella primera noche pasada en la selva, en medio de la más completa oscuridad bajo los árboles enormes y oyendo multitud de ruidos misteriosos.

En compañía del doctor Jaime Forero y con ayuda de los cadetes colocamos las hamacas e hicimos los preparativos para la noche. Sin el apoyo eficaz de estos muchachos creo que la mayoría de los civiles hubiéramos perdido la vida. Por mi parte puedo asegurar que no existe otra persona tan ignorante como yo de la manera de hacer un campamento en la selva.

Cuando todo estuvo listo comimos nuestras raciones y luego el teniente Calderón nos avisó que el mayor Millán deseaba convocar a los civiles a una reunión. Estando en ella uno de los cargueros gritó: ¡culebra! y a un metro de distancia de nosotros mató una serpiente coral, pequeña pero muy venenosa. Tengo que confesar que esto me puso un poco nervioso y que cuando me acomodé en la hamaca hice la resolución de no bajar de ella en toda la noche.

El 8 de julio a las cinco de la mañana nos despertó el acostumbrado: ¡alza arriba! y a las seis emprendimos la marcha. Ese día comprendí más que nunca el error que había cometido cambiando

mis comodidades y el agradable ambiente de Bogotá por los peligros de la selva. No tenía costumbre de andar con un equipo tan pesado sobre terreno tan difícil como aquel. El barro hacía casi intransitables las trochas; muchas veces me caí y pensé que cada paso iba a ser el último.

Tan trabajosa se hacía la marcha, que a la una de la tarde solamente habíamos avanzado como tres kilómetros. Llegamos otra vez a la orilla del río y tuvimos que cruzarlo bajo la lluvia perpetua del Chocó. El río tiene allí un ancho de 120 pies y una profundidad de 6, pero en estos momentos estaba muy crecido. Lo atravesamos en una balsa construida con madera barrigona y en esta empresa nos demoramos hasta las cinco de la tarde. Mientras tanto, el río había subido 7 pies y la fuerza de la corriente arrastró la balsa sin que pudiéramos recuperarla; afortunadamente esto sucedió después de llevar a la orilla todo el personal y el equipo. Si no hubiéramos atravesado el río entonces, habríamos tenido que esperar algunos días sin provisiones y en una región carente de fauna. Mejor dicho, sí existen animales allí, pero solamente culebras. Muy pronto pudimos darnos cuenta de esta excepción: al llegar a la orilla del río el doctor Medem dio muerte con su machete a una mapaná de un metro con cincuenta de largo. No había transcurrido un cuarto de hora cuando el grito: ¡culebra! Resonó de nuevo muy cerca del lugar donde levantábamos el campamento a órdenes del teniente Tamayo. A un metro de distancia de mi hamaca éste mató con escopeta la segunda mapaná que medía un metro con sesenta de longitud.

Pasamos una noche terrible, no sólo por el temor a las serpientes, sino por la lluvia constante. Las carpas eran viejas y dejaban entrar el agua. Hacía mucho frío y nos era imposible dormir en un sitio donde el agua penetraba con mucha más facilidad que salía.

Al día siguiente nos dijo el mayor Millán: de ahora en adelante tendremos que ir con sumo cuidado: sabemos ya que esta región está llena de serpientes muy venenosas; hay que andar con infinitas precauciones y no salir nunca de la trocha. Si alguno es mordido por una culebra, hay que llamar inmediatamente al médico; mientras llega éste, la persona que se encuentre más cerca del herido debe cortar la parte afectada en forma de cruz y chuparla para extraer el veneno.

En los primeros quince minutos no logré apartar mi pensamiento de las culebras ni de las palabras del mayor Millán; pero después me concentré en la marcha que se hacía cada vez más penosa. Algunos de los civiles no llevaban ya sus equipos, pues los habían repartido entre los cargueros. Había que cruzar muchas quebradas y constantemente subir y bajar pendientes muy fuertes, algunas de ellas con inclinaciones de ochenta por ciento. Cada paso me costaba un esfuerzo enorme y no tenía tiempo para pensar en los continuos peligros de la selva.



Los rápidos del Truandó



Cruzando la cordillera entre el Truandó y el Océano Pacífico

Al pasar bajo un avispero uno de los expedicionarios se agarró de las lianas en que éste estaba sostenido, viniéndose así al suelo. A pesar de que pasamos corriendo, varios hombres fueron picados por las avispas. Al atravesar una quebrada ocurrió otro accidente: el comandante cayó al agua y el radio portátil que llevaba se descompuso, interrumpiéndose de esta manera la comunicación con el resto de la expedición.

El 8 a las cuatro y cuarenta de la tarde llegamos a orillas del río Nercua, de 20 pies de ancho y 6 de profundidad y allí levantamos el campamento. El comandante me informó que era posible llegar al Pacífico en un día a marchas forzadas, pero como él deseaba que esto se hiciera en las mejores condiciones, había decidido prolongar la marcha durante dos días más.

Cómo comprendía ahora el dicho de las tropas americanas: El ejército camina con el estómago". Una comida de lata: frijoles con cerdo, carnes, etc., todo esto frío, es muy perjudicial a la larga y mi estómago protestaba cada día más.

El 9 atravesamos el río Nercua y continuamos la marcha por un terreno en extremo difícil, cortado a cada paso por quebradas. Seis veces tuvimos que atravesar la quebrada Barrial y cinco la quebrada Violín. Llovía sin interrupción y el barro hacía casi imposible subir y bajar las pendientes.

A las dos y quince minutos pasamos la vertiente del Pacífico y un poco más tarde encontramos los rastros de un violento tornado que había pasado tumbando árboles de 80 metros de altura y 2 de diámetro. Fue necesario andar por sobre los enormes troncos caídos y tardamos casi dos horas en recorrer el camino por donde hacía poco había pasado el tornado.

A las cinco de la tarde acampamos y poco después se dio muerte a otra mapaná. Llovió toda la noche y ésta fue la más fría que pasamos en todo el tiempo de la expedición.

El día 10, último que deberíamos pasar en la selva salió el sol y no llovió. A las diez y cuarenta cruzamos el río Quiparada, de 30 pies de ancho y 3 de profundidad; y dos horas más tarde llegamos al río Buricbi; lo atravesamos a pie, en una longitud de 80 pies y con 4 de profundidad. Aquí encontramos el único campamento indio visto durante el viaje. En aquel momento solamente había allí una mujer y una niña de unos diez años. Nos recibieron sin dar señales de temor y la mujer nos dijo que cuando el sol se encontrara en determinado lugar llegaríamos al Pacífico, o sea al cabo de una o dos horas.

Estas fueron muy penosas debido a la aspereza del terreno, pero las soportamos animosamente ante la perspectiva de la cercanía del Pacífico. Pronto oímos el oleaje del mar y después de tres

cuartos de hora empezamos el descenso. Atravesamos unos campos sembrados de caña de azúcar y de repente nos encontramos frente al Océano Pacífico.

Nunca había visto un paisaje tan grandioso como el de la bahía de Humboldt, con las fragatas que ya estaban esperándonos. Después de cuatro días de permanencia en la selva, cuyo aspecto es siempre de muerte y decaimiento, al mismo tiempo que de vida violenta y cruel, el mar aparecía limpio, alegre y fresco. Yo creo que Balboa debió sentirse más satisfecho por haber podido salir de la selva que por el mismo descubrimiento del Océano Pacífico.

A bordo ya del buque "Almirante Brión", después de bañarme, afeitarme y tomar una comida deliciosa y caliente, pude recordar con minuciosidad cada una de las jornadas en la selva del Chocó. Muchas veces durante la expedición llegué a pensar que había sido una equivocación haber tomado parte en ella. Un historiador —y yo lo soy— nunca acompaña las expediciones; se contenta con describirlas con todos sus detalles en medio de las comodidades de la civilización. Ahora creo que los historiadores a ser posible deberían tener una experiencia como la mía para poder así relatar con todo realismo lo que vieron y sintieron.

Puedo afirmar que la "Operación Truandó" es la aventura más interesante que he tenido en mi vida. Gracias a la Marina Colombiana tuve oportunidad de conocer una parte inexplorada de este magnífico país, lo cual no hubiera podido nunca efectuar yo solo. No soy ingeniero, pero opino que sí es posible construir un canal en esa región del Chocó, aunque la empresa sería magna y erizada de dificultades sin cuento. Lo que sí puedo asegurar, tanto si se abre el canal como si no, es que el éxito de la expedición fue rotundo.

El heroico esfuerzo, el compañerismo y el espíritu de sacrificio de todo el personal, desde el comandante hasta el último de los cadetes, para llevar a cabo una aventura tan audaz y llena de peligros, sin tener que lamentar ningún accidente fatal, merece los más altos elogios y la gratitud más sincera, de los cuales quiero dejar constancia en este relato. He llegado al convencimiento de que la Marina y la Infantería colombiana no tienen par en el mundo.

